

LLAMADOS A SERVIR COMO MINISTROS Y PASTORES
EN LA ÉPOCA ACTUAL

Por: José Aracelio Cardona

Amables compañeros y amigos: Constituye para mí una gran distinción y un profundo privilegio participar en el primer acto del inicio de vuestra Sexagésima Tercera Asamblea, hoy nueve de febrero. Hay una conjunción de hechos que le dan relieve y significado a esta actividad. Seleccionar a Lomas Verdes como punto de partida tiene para mí un profundo simbolismo. Vuestra denominación siempre ha buscado para trabajar una perspectiva de altura. Es como decir, pararse en la loma para contemplar el paisaje en su más prístina belleza. Esto me recuerda a Cristo subiendo a un monte para desde allí enseñar. Además, Uds. han predicado el evangelio de la esperanza, simbolizado en el verde, en ese color que Dios ha cubierto nuestro suelo. Pero eso no es todo. Entiendo que después se moverán a la Iglesia de la Calle Comercio, la Iglesia que se negó a morir cuando algunos, con buena intención pero sin dinámica funcional quiso prohibir que allí se adorara a Dios. Entre otras, hoy es la iglesia de la cual todos los evangélicos de Puerto Rico estamos orgullosos, aunque unos seamos presbiterianos y otros metodistas, etc. Fue esa iglesia la que demostró que al evangelio no hay fuerza que lo detenga, como lo han hecho, en menor escala las otras de vuestras congregaciones. Además, es muy significativo que la tónica de este momento se concibe en términos novotestamentarios. Aquí la comida es un ingrediente de otro más poderoso; el amor. Esta es una ocasión de confraternización, de saludos, de la alegría de encontrarse con el compañero, o con el miembro laico, y ofrecerle la ofrenda de una mirada llena de satisfacción y de una sonrisa repleta del más sentido cariño. Uds. le han dicho a Cristo que tenga el primado en todo.

Llamados a servir como ministros y pastores en la época actual, tema de la ocasión, ya tiene el trasfondo que Uds. le están dando, no con el eros que busca completarse, ni con el storgué que simboliza el amor filial, sino con el agape, pronunciado a lo griego, que es la dación por el otro, sin esperar nada, porque uno está completo. Nada necesita Dios de nosotros, pero nosotros todo lo necesitamos de Él. Dios es Dios sin nuestra intervención; su esencialidad no depende de nuestra contingencia.

La función del ministro, desde su inyección hasta la clarinada final de la historia, siempre es la misma. Toda la vida del ministro cristiano es bregar honda y profundamente con la libertad. El oficio del siervo de Dios es hacer a los hombres libres. Noten la paradoja. El siervo, el esclavo, sólo siéndolo así, puede consumir el propósito divino de la libertad. A continuación veamos los presupuestos y las consecuencias y las variantes en la forma de enfocar tan decisivo evento para que el ser humano llegue a lo que debe ser: una persona libre.

Siendo la Biblia la fuente escrita de nuestra autoridad, en ella descansa la base de nuestra investigación del tema que nos preocupa. Apelamos, para luego examinar cuidadosamente, al Evangelio de San Juan, 8:32, que dice en parte: y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Luego nos referimos a la Carta a los Gálatas, del Apóstol San Pablo, que lee en 5:1. Estad, pues, firmes con la libertad con que Cristo nos hizo libres.

Algunos estudiosos que se han dedicado a estudiar qué es la voluntad me han suplido valiosos conocimientos sobre el alcance y las limitaciones de eso que se dice que el hombre es un ser libre. Algunos sostienen que en todo hombre existe lo que ellos llaman la libertad natural. Hay un libre albedrío, una capacidad para hacer toda clase de decisiones. Lo mismo no podemos decir de los seres infra-humanos. La abeja, con tan perfecta organización, no puede cambiar, siempre será lo mismo. Las hormigas, en todo tiempo y en toda época no tiene voluntad para ser otra cosa que no sea lo que son. Los geómetras se quedan espantados cómo la araña puede tejer su casa, con una exactitud asombrosa, pero parece que está condenada a hacer siempre lo mismo.

Por lo contrario, el ser humano es ilimitado en las decisiones que se forjan en su voluntad. Cada uno de Uds., juntamente con los individuos que han sido y que serán, debido a la prerrogativa de la ley natural, pueden querer o decidir ser ^{los} el más famosos pianistas del mundo, los mejores predicadores de todos los tiempos, los mejores escritores de todas las épocas. Para pensar así uno es libre por naturaleza. El niño, el joven, el adulto, el anciano; en todos hay en potencialidad querer cualquier cosa, hasta ser dueños del universo.

El problema con la libertad natural, que todos la poseemos, por medio de la cual podemos desear ser cualquier cosa, es que no pasa de ser más que un sueño. Parece que se sueña y se despierta, pero una serie de muros de contenciones hacen que uno tenga el deseo, pero no el hacer. Los deseos no se ajustan a los hechos. Uno desea ser el mejor pianista del mundo, pero sólo hay un Paderewsky, o un Bethoven o un Liszt. Hay quienes sueñan con ser un afamado artista, pero sólo hay un Miguel Ángel, o un Da Vinci. Hay quienes desean ocupar el primer puesto de un gran predicador, pero sólo hay un Spurgeon, o un Emerson Fosdick. Miles hay que sueñan con traer una reforma a la Iglesia, pero sólo hay un Martín Lutero, un Juan Calvino, un Juan Wesley. En suma: todos poseemos la libertad natural, que se expresa en el ejercicio del albedrío y en las ilimitaciones del deseo, y de ahí no pasa.

Tomando en cuenta estas consideraciones previas se llega a la conclusión que la libertad natural no nos capacita para la realización de nuestras aspiraciones. Nosotros somos y nos movemos en una libertad restringida. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente que todo que hacer del hombre sufre los efectos de una serie de factores que no los producimos sino que nos son dado. Por ejemplo: nadie puede escoger sus padres, ni el color de los ojos, ni el país que va a nacer. Es muy cierto que uno puede cambiarse de un sitio a otro, pero el otro sitio que escoge ha de limitarle la libertad natural. A este fenómeno limitador se le puede llamar ambiente, circunstancia, o lo que uno quiera. Lo importante es saber que está ahí, a donde quiera que vayamos, no nos lo podemos quitar de encima. Alguien podría decir: "Yo fui libre para venir a esta reunión, a lo que se le puede contestar que no fue por la libertad natural, sino por la restringida. Ud. está aquí porque pertenece a una denominación, porque le debe lealtad. Aquí nadie viene porque le ha dado la gana, aquí se ha venido por una serie de acondicionamientos previos. O Ud. no pudo haber venido, pero en Ud. trabajaron una serie de consideraciones que determinaron quedarse en su casa.

Ninguna de las dos clases de libertades, la natural o la restringida, han hecho que Ud. sea un ministro o un pastor del Señor. Ninguna de las dos han sido decisivas para la obra de redención que Ud. realiza. Luego ha de surgir la pregunta: ¿por qué soy un siervo de Dios? Aquí hemos de considerar otra clase de libertad.

Según nuestro entender, hay una libertad que podemos gozar de ella. Aún **más**, ella es la perspectiva en que se ha situar el hombre, para ser lo que verdaderamente debe ser, en términos del significado último de la existencia. Esto nos obliga a la exégesis, aunque sea superficial, por la brevedad de este trabajo, de los dos versículos anteriormente citados. Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres. Juan 8:32.

Sin la verdad no hay libertad significativa, sino libertad engañosa, como puede producirla la verdad natural o la verdad restringida. Pero aquí el término verdad no tiene dimensiones de lógica, ni tampoco es la conformidad de lo que hay en el intelecto con el mundo exterior. Para los hebreos la verdad es una relación entre el Ser Creador y la criatura. De modo que ahora establecemos la dimensión de lo personal. El criterio que determina lo que es la verdad es una persona, que en nuestro caso es Jesucristo. De modo, que el hombre más ilustrado y poseedor de los mayores conocimientos posee la verdad si está en una comunión con Dios, por medio de las diferentes revelaciones de Éste, y las cuales tuvieron la máxima expresión en Jesucristo. De igual modo, el hombre de pocos conocimientos y sin importar la condición social en que se encuentre también puede poseer la verdad si está en relación con Cristo, o vive en las revelaciones divinas.

Naturalmente, viene la pregunta: ¿Qué tiene que ver esa relación con la libertad? Como ya hemos descartado la libertad natural como capacitadora para que el hombre dé a su persona las dimensiones que lo hacen ser tal cosa, y también hemos descartado la libertad restringida como un muro de contención que **nos** imposibilita² lo que queremos ser, aparece ahora otro tipo de libertad, a la cual llamamos libertad otorgada. Se llama de tal modo porque no la producimos, sino que se nos da de afuera. No es cuestión de un pasado que lo arreglamos a nuestra manera, ni de un porvenir del cual hagamos ajustes para que tenga una consecuencia feliz. Alguien viene a nosotros para ejercer una influencia bienhechora en nuestras mentes y en nuestras voluntades. Así se gana la libertad, que como cristianos, cambia el panorama de toda la existencia para ver cara a cara y no como por espejo. Desde luego, cuando el hombre se enfrenta a Cristo, se enfrenta a la libertad.

El Apóstol Pablo nos dice que estemos firmes con la libertad

con que Cristo nos hizo libres. Dirá Ud. que Pablo se refería a las ataduras de la ley, de las ceremonias, de las prácticas religiosas de los judíos. Sencillamente, esto confirma la libertad restringida por un lado y la libertad de contingencia por otro lado. En otro lugar Pablo dice, "porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios (voluntad natural), pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la del pecado (libertad restringida). Romanos 7: 22-23b."

Esa libertad que se nos otorga, que modifica todo nuestro ser, crea en nosotros una visión de la existencia de tal naturaleza, que todas nuestras acciones, nuestro pensar, nuestra convivencia, el trato que damos al prójimo, el cuidado que tenemos de nuestros hermanos, es muy diferente a los que obran sin haber conocido a Dios verdaderamente. Luego, se habla de la nueva criatura, que no es otra cosa que ~~hemos~~ ~~adquirido~~ ^{la} nueva naturaleza por la libertad que nos otorga Cristo.

Todos los ministros y pastores debemos estar conscientes de que somos embajadores de esa libertad. Creo, que mientras disfrutemos de la eventualidades de la vida aquí y ahora, o sea, de la vida en el tiempo y en el espacio, debemos aprovecharnos de la creación para bregar con aquellos que Dios ha encomendado a nuestro cuidado. No podemos desconocer las transformaciones sociales, y por eso urge el conocimiento de la sociología, de la ciencia, de las matemáticas, de la filosofía, de la teología, de estudiar en los seminarios de preferencia, etc. por dos razones. En primer lugar, estas disciplinas son testigo y confirman la libertad restringida. En segundo lugar estamos bregando con personas que no conocen otra clase de libertad que no sea la natural o la ya mencionada en la oración anterior. La experiencia libertadora en Cristo necesita un marco de comparación.

¿Qué significa el término servir? ~~Implica~~ ocuparse de los demás, dar a otros aquellos menesteres que les son necesarios para subsistir en las circunstancias en que han sido colocados. Dichos menesteres pueden ser desde lo intelectual hasta el sustento de cada día. No obstante, visto a la luz de la definición que hemos hecho de la libertad, servir puede tener diferentes connotaciones.

En la nomenclatura de la ley natural uno puede tener el deseo de servir, de darse por tal o cual causa, y sencillamente no pasa de ser un deseo. En términos comunes decimos a esta clase de personas, que todo lo hacen con la boca. Uno es libre para optar por hacer

muchísimas cosas por el bienestar de los demás, y sólo ser un ideal que se anidó en la imaginación y allí después duerme el sueño del olvido. ¡Cuántos soñadores tiene el mundo que se pasan fantaseando de día en día y hasta se toman el atrevimiento de creer que así arreglan los gravísimos problemas de la humanidad!

El término servir puede relacionarse muy bien con la libertad restringida. ¿Qué determina generalmente las acciones humanas en favor de nuestros vecinos? ¿Sirven las personas de balde? ¿Se espera algo de aquel a qui'en se le ha hecho un favor?

La sociedad está repleta de instituciones y organismos que dan algo, que prestan algún servicio porque en cambio se han de beneficiar. Cojamos el político que está a caza de votos, el ministro que está a caza de prestigio y de beneficios marginales a su vocación, las corporaciones que buscan exorbitantes ganancias, los seminarios que viven para entronizar un sistema teológico dado y luego se ensimisma en esto por años y años, los sistemas educativos que a drede fundan una filosofía educativa con fines de defender posiciones ulteriores a costa de la formación del individuo, todos estos, y muchos más ejemplos que se pueden traer a colación, limitan la libertad, la restringen. Por eso Ud. escucha expresiones como tales: "no se puede ir contra la corriente", "si yo pienso de otra manera me botan del trabajo", "hay que buscar la más cargada", "no te metas a bobo". Desde luego, también hay ejemplos de seres desinteresados, de instituciones que viven del sacrificio, del ministro que ha pasado hambre, pero ha esperado pacientemente en las promesas de Dios.

Ya se ha planteado que servir, dentro del contexto bíblico, no es lo mismo que el servir a base de otros contextos. Y esta es la diferencia que se establece en el ministro. Pero que urge examinar el término amor para aclarar esta libertad dada del servicio.

De las varias connotaciones que se le han dado a la palabra amor, a base del uso que se le da en el griego, sólo usaremos dos: eros y agape. El eros es una libertad restringida porque es la acción que busca el ser humano que se encuentra incompleto pa completarse. Desde luego, tiene su nobleza, pero que está escondida en el egoísmo de uno ser más de lo que es, porque otro u otra viene a suplir lo que ~~me~~ *le* falta, ya sea en el mundo artítico, comercial, social, etc. El agape es la libertad que no tiene contingencia, porque es de Dios, y Dios de nada necesita para ser lo que es. De manera parecida, en última instancia, el servir, bíblicamente, no es para recibir, o uno tener más o ganar prestigio social, sino una acción del hombre que nada espera,

impelido por un deseo que le ha sido dado. Entonces es que uno puede decir, "más bienaventurado es dar que recibir". En la Biblia, el término servir contradice las leyes de la matemática. Por ejemplo, el servir, en términos humanos es cuestión de resta, de substracción. Cuando servimos, desde la perspectiva de acá, tenemos menos. Pero en la Biblia, el dar, el ofrecer a otro lo que uno tiene, es sumar, es un proceso de adición. Basta con un ejemplo: Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí o de mi evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo. Marcos 10:29-30b. Lo que quiso decir Jesús es que en el cristiano hay una prioridad, si es que desea darle el justo significado a su ser. Esto no quiere decir literalmente, que uno deje a su familia, etc., sino que hay un primer amor, que hay un primer servicio, por la libertad que se nos ha dado, que no puede ser limitado por la libertad que tenemos de la familia, que es la libertad restringida.

Pasemos al examen de lo que es la época actual y como el ministro se relaciona con ella en cuanto al llamamiento a servirla. Es obvio que el enfoque que sigue esté muy relacionado con los principios ya expuestos, principalmente con aquel que dice que servir es crear personas libres.

Vivimos en una época revolucionaria. No nos referimos a este último término como la expresión de violencias y de guerras, aunque las violencias y las guerras puedan tener raíces en lo que diremos más adelante. Revolución, en este caso, lo que quiere decir es que vivimos en una época en que prácticamente todos los valores en que descansaba la sociedad en sus diversos aspectos, o se han eliminado o se han modificado. Nuestros padres establecieron una escala de valores, que, lo deseemos o no, ya no funcionan, o han tomado otro rumbo. Las bases de la sociedad hoy son distintas a las que ésta tenía anteriormente. Debido a la tecnología nos hemos unido más, aunque paradójicamente estamos más separados. La máquina está substituyendo al hombre con una precisión que asombra. Hay quienes dicen que ya no se necesitarán maestros, pues habrá una máquina con conocimientos de extrema exactitud, que la pondrán delante de los alumnos y ofrecerá una clase precisa y sin lugar para las equivocaciones. Se han inventado una máquina para diagnosticar las enfermedades del ser humano, y lo hace con más precisión que un

médico. Se ha organizado un grupo de personas que desean vivir libres, que son apáticos a toda clase de disciplina, que está compuesto de individuos que se juntan para vivir sin trabas sociales de clase alguna. El mundo es de ellos. Seleccionan cualquier lugar por morada sin importarles a quien pertenezca. En el ministerio cristiano, hay representantes de los diversos grupos que componen el cristianismo que siguen sirviendo a las iglesias, pero que han rechazado a Dios porque Este está muerto. Las instituciones que antes representaban tanto para el ministerio cristiano, hoy desean emanciparse, ser autónomos, para evitar las ataduras con grupos que le tracen pautas. Ya las escuelas bíblicas no sirven, la predicación está demás. La Biblia debe ser substituída por otros libros de textos, que estén más a tono con los tiempos que vivimos. Las relaciones de padres e hijos son tan laxas, que tal parece que uno, en vez de hijos, lo que tienen son hospedados en la casa. Y no es cuestión sólo de hijos, es cuestión de padres que piensan de la misma manera. Así podríamos continuar dando ejemplos, pero para no cansaros con éstos, bastan para demostrar, que vivimos en franca revolución, o sea, que las normas y valores del pasado han perdido o están perdiendo pertinencia.

¿Por qué ha sucedido esto? El siglo XIX colocó al hombre en un pedestal de gloria. Fue una época sin guerras, con la excepción de algunas escaramuzas entre algunas naciones. Se hablaba de la época de oro, casi de la omnipotencia del hombre. De momento vino la Guerra Mundial I en que el hombre vio que caía destronado de la superhombria. Luego, unos pocos años más tarde la Guerra II, que dio un golpe mortal a las aspiraciones de algunas naciones, y revivió el deseo de poder de otras. Celos y recelos entre los hombres. Luego la guerra en Corea, y la de Vietnam, y la de Pakistán, y la de Israel con Egipto, cuyos peligros son enormes. Luego, entonces, muchas personas han pensado que no vale la pena vivir, proyectándose a un futuro de bien para los demás. Lo importante es, dicen ellos, el poquitito de tiempo que vivimos en la tierra, sacarle el mejor provecho en los deseos naturales. El joven piensa qué valor tiene su existencia si todo es guerra. Lo mejor es buscar una cura para esa desesperación de vivir. Las drogas le hacen vivir en el mayor placer imaginable, dónde uno es dueño del mundo, mientras está bajo los efectos de la misma. Se le da rienda suelta a la libertad natural, aunque sea en manera fugaz, ^{aunque} ~~porque~~ después la libertad que lo restringe tanto, ~~se~~ termina por envilecerse o suicidarse. Hay parejas de recién casados que

opinan que no vale tener hijos para que luego se los lleve el ejército o para ser víctimas del vicio. Lo mejor, piensan ellos, es disfrutar de una vida sin responsabilidad de familia. Tal parece que hoy la libertad natural predomina de tal suerte que un número considerable de personas desean vivir como les venga en gana. En nombre de la libertad se cometen desmanes, en nombre de la libertad nada importa el otro sino yo, en nombre de la libertad amanece y obscurece para algunos sin preocupación de clase alguna. Desde luego, estas personas viven en una falacia, pues creyéndose ser libres, lo que ellos son y lo que quieren significar está restringido a tal grado que llegan a ser nada o a desquiciar el mundo de los demás.

Ante el hecho innegable de que la vida hoy se está haciendo muy difícil, porque por una ironía de la historia, frente a grandes comodidades que produce la tecnología, más incómodo se hace el diario vivir. Un ejemplo servirá de ilustración. Mientras el hombre realiza la proeza de ir a la luna usando, entre otras cosas, una serie de instrumentos de una precisión que asombra, cientos y cientos de robos y de asesinatos se cometen acá y no hay nadie que pueda saber o solucionar lo que se hace enigma. Somos pájaros enjaulados, ya por las rejas que tenemos que equipar a nuestras casas, o por una filosofía de aparente libertad que produce el desquiciamiento de valores últimos. Parecemos personas que sienten hundirse en el agua, y tratan de buscar con los pies dónde aguantarse, para sufrir la triste experiencia del que vive sin base firme para la vida.

Para resumir esta sección, diremos que jamás el ser humano había contado con tantos medios, en la medicina, en el arte, en la teología, en instituciones de todas clases, para vivir cómodamente, en una relativa felicidad. Pero, y este es el punto crucial, el hombre se ha creado una crisis de libertad natural en tensión y en francas dificultades con la libertad restringida. Y nosotros como cristianos decimos que sólo con la libertad adquirida en Cristo la situación sería diferente.

Ahora bien. ¿Qué función o qué obra, o qué recomendaciones debe seguir el ministro de estos tiempos tan cruciales?

En primer término, mientras más difícil es un problema más difícil es su solución. Esto quiere decir que el ministro de hoy debe estar capacitado para dar la interpretación más adecuada y proponer las

soluciones de mayor alcance y significado a los gravísimos problemas que graviten en su tiempo.

La primera condición que debe exhibir o caracterizar al ministro es que sea en verdad un llamado de Dios para ser un colaborador con el Omnipotente. Volviendo a los planteamientos anteriores, el ministro, aunque conserva la libertad natural, y se ve de continuo bajo los efectos de la ley restringida, a sido libertado por Cristo, se le ha donado la libertad que lo hace esclavo y obediente al que sólo puede libertar. ¿Difícil de entender? Claro, pero cierto. "Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente del Señor. I Cor. 2:16. Daré su ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Jer. 31:33. Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Isaías 55:8. Si esto lo ponemos en términos generales, ninguna persona llamada ministro del evangelio, ~~de~~ podrá realizar una obra de liberación, sino ha respondido al llamamiento de Dios, pelea que se da en el deseo y en la voluntad del llamado.

Como segunda condición, el ministro tiene que visualizar a su semejante como una totalidad. Muchas veces la religión, tanto la cristiana como otras, se han desacreditado porque han contemplado al hombre como un ser compuesto, de cuerpo por un lado, de alma por otro, y de espíritu por otro, enfatizando uno de estos aspectos y olvidando los demás. Aunque se conserven esas nomenclaturas, las tres deben ser el objeto del cuidado total del ministro. Por esta razón, cualquier cosa que afecte a los seres, en cualquier área de la vida de éstos debe ser preocupación mayor del ministro. Sólo una mente hecha en el Señor da sin esperar recompensa, está con los afligidos, con los ambientes, con los desamparados, y aún a dar su cuerpo en sacrificio vivo si es necesario. Creer que la Iglesia es sólo un lugar para escuchar la predicación, cantar himnos, leer la Biblia, pero con una despreocupación de las otras facetas de la vida del creyente, no es tener la mente del Señor. Vivimos en horas angustiosas en casi todos los órdenes de la vida. ¿Hasta dónde hemos sentido la responsabilidad como ministros para meternos de lleno en este torbellino para cuidar del espíritu, del cuerpo, de la mente, de la totalidad del ser? Hay que ser profeta contra las injusticias, contra la depravación, contra el abuso de los poderosos y aún contra un tipo de religión que ubica a las personas en el mundo del más allá

únicamente, olvidando que la vida cristiana empieza en el diario vivir aquí entre nuestros semejantes. Tan malo es ubicar la vida sólo aquí, porque después sólo habrá silencio eterno, que olvidar el aquí y sólo tener honda preocupación por el más allá. La función del ministro es formar el individuo para que goce de todos los bienes que Dios ha puesto en la creación y que más tarde vaya a gozar de las promesas divinas que gozarán los fieles. Tiene el siervo de Dios que establecer un balance entre lo transitorio y lo eterno, porque estas dimensiones tienen que ver con lo que será el ser humano.

Otro requisito que debe cumplir el ministro es dar las más significativas aportaciones para que hoy se tenga una visión y una imagen de la iglesia cristiana, que responda a la naturaleza y a la esencia de la misma. En la Edad Media la Iglesia contaba para todo. En nuestros tiempos se ha convertido muchas veces en una institución más en el grupo social. Muchas veces se ha hecho aliada de las fuerzas que van enervando a la humanidad. No podemos negar que le ha dado, en ocasiones, la mano a las puertas del infierno. Hay momentos que es una simple ~~voz~~ voz entre otras, en vez de ser la voz de Dios.

Nos parece que hoy hay que reflexionar más que nunca en lo que ella tiene que ser: el medio que Dios ha puesto en nuestras manos para ayudar a combatir las injusticias, para que los hombres se transformen mediante el evangelio y la revelación de Jesucristo. Como dice el Dr. Juan MacKay, la Iglesia tiene que ser frontera. Esto quiere decir, que la iglesia tiene que ejercer su influencia en todos los quehaceres de la vida, sin confundirse con éstos. La iglesia no es otra agencia social en la comunidad, pero tiene que hacer obra social. Tampoco es una universidad, pero tiene que hacer obra educativa. No es un partido político, pero tiene que ser orientadora en tal arte de gobernar. No es una nación en particular, pero tiene que servir a las naciones en todo aquello que esté en armonía con la obediencia a Dios. No es una escuela de ética, pero tiene que hacer que los humanos vivamos con los valores que le sean innatos al mensaje cristiano. No puede estar separada del mundo, pero no puede compartir con el mal, proceda de dónde éste proceda. El mundo necesita que la iglesia no se haga borrosa, sino clara y diáfana como el Señor quiere que sea.

Por último, el ministro de hoy necesita estudiar con más ahinco, con más fervor, las Santas Escrituras. Hoy estamos cosechando mucho de las tergiversaciones que sobre el particular se hizo en el pasado de tan importante asunto. En Inglaterra hubo momentos que se graduaba un joven para el santo ministerio. Conocía el campo filosófico, el sociológico, el científico, pero apenas conocía la Biblia. En el Seminario Evangélico de Puerto Rico tuvimos un profesor de una estatura intelectual sorprendente. Siempre recuerdo unas palabras que él dijo en el sermón para instalarle como catedrático del Seminario. Comparó la crítica bíblica, el estudio científico de la misma, con las hojas que uno ve por fuera de una planta, digamos, como la patata. Esto es muy importante. Lo que sucede, dijo él, es que muchas veces al estudiar las Escrituras nos quedamos con las hojas, y no con el alimento que está debajo de la superficie de la tierra. Hay que estudiar todos aquellos elementos que han contribuido a la formación de nuestro sagrado libro, pero no se puede olvidar, que en medio de todo esto está la voz de Dios. Pero para escuchar la voz divina se necesita ser hombre de Dios, creyente fiel, estudioso de la Palabra. Hay ministros que saben más de Nietzsche, de Rabindranath Tagore, de Paul Tillich, de Karl Barth, de Alberto Einstein, de Jaspers, de Kafka, de Soren Kierkegaard, que del contenido y la profundidad de la Biblia. No deseo que me entiendan mal. El ministro no puede ser un analfabeta, debe conocer lo más que pueda del mundo que le rodea, en lo científico, en lo artístico, etc.; pero el conocimiento que tiene prioridad es el que Dios ha provisto para la evangelización de las personas. Por ejemplo, Guillelmo Carey, era un botánico de primer orden, un lingüista excepcional, que conocía dieciocho idiomas, un profesor de universidad, un sociólogo de grandes méritos, pero era sobre todo un estudioso asiduo de la Palabra divina. Después de Pablo, no hay misionero mayor que haya dado el mundo. Alberto Schweitzer, doctor con grados académicos ganados, en teología, en música, en medicina, en literatura, se veía en Lambarené, sentado en un tronco de un árbol, tarde tras tarde, estudiando la Biblia, para así realizar la obra gigante que hizo.

Compañeros, ninguna vocación es tan sublime, pero a la vez ninguna exige tanto, como la del sagrado ministerio. Te digo como dijo Pablo: cumple tu ministerio que exige el momento que te ha tocado vivir.

Solo así serán hombres esclavos de Dios, para que sean verdaderamente libres.